

Las narraciones en torno a las dos cruces prerrománicas asturianas

CARLOS CID PRIEGO

ARTE Y NARRACIONES

Hay suficientes datos para suponer que en el período de la Monarquía asturiana (718-910) se produjo abundante y rica orfebrería, sin embargo, al siglo XX sólo han llegado cinco piezas. En orden cronológico son: la Cruz de los Angeles, donada por Alfonso II (791-842) a la basílica del Salvador de Oviedo en 808, de claras influencias del Norte de Italia; la copia de la anterior que Alfonso III (866-910) y su esposa Jimena regalaron en 874 a la basílica de Santiago de Compostela; la caja que los mismos destinaron a la catedral de Astorga en fecha imprecisa, aunque próxima a la anterior; la Cruz de la Victoria, ofrenda de Alfonso III y Jimena al Salvador en 908; la Caja de las Ágatas, donada al mismo templo por Fruela II (924-925) cuando todavía no era rey y su mujer Nunilo en 910. Todas son de oro, plata y pedrería, de excelente labor y gran belleza. La Cruz de Santiago la robaron en 1906 y nada más se ha vuelto a saber, la caja de Astorga está en el Mueso de la Catedral, las otras tres se guardan en el tesoro de la Cámara Santa de la catedral de Oviedo.

Todas, salvo la caja de Astorga, contienen un largo letrero con los nombres de los donantes, el destino de la pieza, la maldición de que cualquier posible ladrón sea fulminado por el rayo divino, etc. Las tres cruces contienen una fórmula que debe tenerse muy en cuenta: HOC SIGNO TVETVR PIVS HOC SIGNO VINCITVR INIMICVS, que lógicamente no llevan las cajas -simples relicarios-, pero que se repiten con pocas excepciones junto a las cruces de las lápidas asturianas².

1. Para el estudio artístico y arqueológico de las joyas, J. de D. de la RADA Y DELGADO, «La Cámara Santa, el Arca de las Reliquias y las Cruces de la Victoria y de los Angeles en la catedral de Oviedo», *Museo Español de Antigüedades*, vol. X. Madrid, 1880; J. AMADOR DE LOS RÍOS, *El Arte Latino-bizantino*, Imprenta Nacional, Madrid, 1861; del mismo, «La Cámara Santa de la Catedral de Oviedo», *Monumentos arquitectónicos de España*, cuaderno 39, Ministerio de Fomento, Madrid, 1877; reimpresión facsímil por el Ayuntamiento de Oviedo, Fundación Municipal de Cultura, Oviedo, 1988; J. MANZANARES; *Las joyas de la Cámara Santa*, Tabularium Artis Astvriensis, Oviedo, 1972; H. SCHLUNK, «The Crosses of Oviedo», *The Art Bulletin*, n.º 32, New York, 1950; del mismo, *Las Cruces de Oviedo. El culto de la Vera Cruz en el Reino Asturiano*, Instituto de Estudios Asturianos, Oviedo, 1985; A. BONET CORREA, *Arte prerrománico asturiano*, Ediciones Polígrafa, S. A., Barcelona, 1967; F. SALCEDO GARCÉS, «Los entalles romanos de la Cruz de los Angeles», *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, n.º 121, Oviedo, 1987; V. NIETO ALCAIDE, *Arte prerrománico asturiano*, Ayalga Ediciones, Salinas, 1989. Para la Cruz de Santiago, A. LÓPEZ FERREIRO, *Historia de la Santa A. M. Iglesia de Santiago de Compostela*, t. II, Imprenta y Encuademación del Seminario Conciliar Central, Santiago de Compostela, 1899.

2. Para lápidas con cruces: TIRSO DE AVILÉS, *Armas y linajes de Asturias y antigüedades del Principado*, escrito hacia 1580-90, publicado por el Instituto de Estudios Asturianos, Oviedo, 1956; C. MIGUEL VIGIL, *Asturias monumental, epigráfica y diplomática*, Diputación Provincial de Oviedo, Oviedo, 1887, reed. fac. por Consejería de Educación, Cultura y Deportes del Principado de Asturias,

La historia de estas joyas se reduce en esencia a lo ya consignado; pero hay dos, la Cruz de la Victoria y la Cruz de los Angeles, que protagonizan multitud de narraciones. Incluso un público medianamente informado sabe que la Cruz de la Victoria pasa por ser la que enarboló Pelayo en Covadonga y que Alfonso III recubrió de oro; que la Cruz de los Angeles se llama así porque Alfonso II deseaba una muy hermosa y se la fabricaron dos ángeles con apariencia de orfebres peregrinos. Esto es demasiado simplista, las leyendas tienen multitud de variantes, hay otras diferentes que se relacionan con ellas, y todo anda bastante olvidado en viejos libros y manuscritos. Merece la pena reunirías y analizar sus orígenes y posibles significados .

Es lógico que las cajas no tengan leyendas, su destino eucarístico o de relicarios merecían respeto, pero nada más. En cambio, la cruz es un símbolo cargado de contenidos. El primer impulso gráfico humano es trazar una línea, acaso el segundo cruzarla con otra. Esa simple figura contiene el punto común de dos trazos sin principio ni fin conocidos, el lugar donde la línea infinita se cruza con la línea infinita. No es extraño que la usaran religiones independientes del cristianismo y anteriores a éste, desde la cruz con asa egipcia faraónica a las precolombinas. En el cristianismo es el símbolo más simple y también el más sagrado y protector. Esta es la primera razón de que fuera el único en motivar narraciones maravillosas. Y es fundamental que en la Monarquía asturiana la Cruz de los Angeles y la Cruz de la Victoria fueran además signos justificativos y protectores del Reino, identidad de un pueblo, valores políticos que todavía conservan. En cambio, la que Alfonso III regaló a Santiago sólo fue una ofrenda piadosa, sin la carga ideológica de las consagradas al Salvador de Oviedo.

La devoción a la Santa Cruz fue obsesiva en el Reino asturiano desde sus orígenes. La primera cita documental es muy temprana, del 737, fecha en que Favila (737-739) hijo de Pelayo (718-737) levantó una iglesia bajo su advocación en Cangas de Onís, probablemente el primer templo construido por un rey asturiano. La conocemos por una inscripción del propio monumento, hace tiempo destruido, pero copiada por Morales en 1572. La segunda referencia es pictórica, las cruces pintadas en los muros de San Julián de los Prados, en Oviedo, obra de Alfonso II hacia el 825 y que parecen referirse a la Vera Cruz⁴. A continuación su repetición fue permanente desde las lápidas de los monumentos hasta la Heráldica, miniaturas, sepulturas y toda clase de objetos hasta hoy, como símbolos del Cabildo, de Oviedo y del Principado.

Los géneros narrativos referentes a las cruces asturianas

Las narraciones escritas abarcan como mínimo desde 1115 hasta hoy, y sin duda hubo un período anterior de transmisión oral. Como es lógico, estas historias perte-

Oviedo, 1987; H. RODRÍGUEZ BALBÍN, *De un monte despoblado a un fuero real, 700 a 1145. Estudio sobre los primeros siglos del desarrollo urbano de Oviedo*, Universidad de Oviedo, Oviedo, 1977, estudio moderno y exhaustivo; M. ESCORTELL PONSODA, *Guía-Catálogo del Museo Arqueológico de Oviedo*, Oviedo, 1974; de la misma, *Catálogo de las salas de Arte prerrománico del Museo Arqueológico de Oviedo*, Oviedo, 1978; de la misma, *Catálogo de Heráldica y Epigrafía Medieval y Moderna del Museo Arqueológico de Oviedo*, Oviedo, 1981; C. CID PRIEGO, «Las joyas de la Cámara Santa de Oviedo en la cultura medieval», *Liño*, revista de Arte de la Universidad de Oviedo, números 9, pp. 7 y ss., Oviedo, 1990, y 10 (en prensa).

3. C. CABAL, *Alfonso II el Casto*, Oviedo, 1943; J. M. FERNÁNDEZ PAJARES, «La Cruz de los Angeles en la miniatura española», *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, vol. LXVII, Oviedo, 1969.

4. A. DE MORALES, *Los cinco libros postreros de la Cronica general de España*, Lequerica, Alcalá de Henares, 1574-1586, Gabriel Ramos Bejerano Impresor de Libros, Córdoba, 1586, Oficina de Don Benito Cano, Madrid, 1791-1792, t. VII; del mismo, *Viaje de Ambrosio de Morales por orden de D. Phelipe II, a los Reinos de León, Galicia, y Principado de Asturias...*, Antonio Marín, Madrid, 1765, Sancha, Madrid, 1777, Francisco Sureda y Burgoda, Barcelona, 1779, Matías Sangrador y Vitores (Gran Biblioteca Popular Asturiana, Oviedo, 1977, reed. facs. Ediciones Guillermo Blázquez «El Bibliófilo», Madrid, 1985; H. SCHLUNK, *La pintura mural asturiana de los siglos IX y X*, Diputación Provincial de Asturias, Oviedo, 1957; del mismo, *Las Cruces de Oviedo*.

necen a géneros muy diversos, de acuerdo con la época en que se formularon. Cuanto más antiguas y anónimas mayores su belleza y persistencia, más importante su valor político-cultural y más apreciable su fondo de verdad.

Las más antiguas son leyendas. La leyenda exige la presencia de personajes, lugares y tiempos determinados, que por fantásticos que sean aparentan un fundamento histórico. En nuestro caso hay que matizar que son leyendas históricas, porque las personas existieron, los lugares se conservan, las acciones suceden en tiempos históricos concretos. Tal es el caso de los orígenes de la Cruz de Pelayo y de la Cruz de los Angeles.

También hay tradiciones, entendiéndolas como recuerdos más o menos deformados transmitidos por el pueblo, que pueden tener un fondo de verdad, y que en un momento recoge por escrito un autor culto. Así son los ejemplos de la iglesia de Cangas de Onís como relicario de la Cruz de Covadonga y de su transformación en Cruz de la Victoria.

Hay narraciones de más difícil clasificación, como la endemoniada Oria. Si el cuento puede definirse como un relato maravilloso para distraer placenteramente, que no necesita nombres propios existentes, localizaciones ni tiempos concretos, la mayor parte de las aventuras de Oria tienen ese carácter. Pero contiene citas tan reales como Oviedo y su basílica del Salvador, la Cruz de los Angeles, lo que la aproxima a la leyenda. No hay que olvidar la intención moralizadora del triunfo del Bien sobre el Mal. Y por la larga extensión y estructura se acerca a la novela, en el sentido relativo que puede dársele a esta palabra hacia el año 1200.

Además de las numerosas variantes de las leyendas, aparecen cuentecillos que son invenciones personales que no alcanzaron arraigo ni difusión. Es el caso del obispo levantado por los aires por la Cruz de los Angeles, que inventó Luis de Valdés en 1622. Finalmente, las joyas han sido objeto de una novela actual, *Ladrones en la catedral*, de José María Casielles (1979).

La bibliografía histórica, arqueológica y artística es inmensa, pero fuera del presente propósito, por lo que sólo se citará cuando apoye un dato o aporte algo maravilloso.

Las lenguas usadas por estas narraciones son el latín medieval y el castellano en prosa, a partir del siglo XVI esporádicamente el verso.

El fondo de verdad de las leyendas

Bajo la envoltura de lo fabuloso, las leyendas suelen ocultar un fondo de verdad, hechos reales importantes cuyos recuerdos se transmitieron desfigurados y oralmente durante largo tiempo. Durante ese período la memoria colectiva va deformando la versión original, introduce variantes, la enriquece, acrecienta la intervención sobrenatural. Las leyendas históricas se convierten así en ecos del pasado. No es extraño que la batalla de Covadonga tenga las suyas, porque aún hoy, y despojada de las exageraciones de las viejas crónicas, es admirable que un número muy reducido de cristianos venciera al poderoso Islam e iniciara la Reconquista: son caso claro del llamado «patriotismo cristiano» -religioso, pero también político y étnico- frente al invasor de otras creencias.

Veremos que todas las leyendas antiguas de la Cruz de Pelayo o de la Victoria podían haber sucedido con pocos retoques. Lo mismo ocurre con la Cruz de los Angeles, con sólo reducir a la humana naturaleza la angélica de sus artífices. No ocurre lo mismo cuando autores muy posteriores pretenden enriquecer las leyendas

5. Amplia bibliografía en las obras citadas en la nota 1. Véase además R. BORDIÚ GENFUEGOS-JOVELLANOS, *Inventario documental y bibliográfico sobre el prerrománico asturiano*, Consejería de Educación, Cultura y Deportes del Principado de Asturias, Oviedo, 1989.

alterándolas con sus aportaciones, o inventar otras nuevas. Conocemos a todos los escritores de novedades respecto a las Cruces a partir del siglo XIII, pero ninguno alcanzó la belleza de las narraciones anónimas de la alta Edad Media; sus cuentecillos son a menudo absurdos y apenas salieron de las páginas de sus libros.

La autoría, lo popular y lo culto en la formación de las leyendas

Las leyendas de la Cruz de Pelayo y de los Angeles plantean el conocido problema de si se deben a personas individuales o a esa colectividad vagamente llamada «pueblo». A primera vista y con juicio ingenuo podría creerse que son populares y genuinamente asturianas. No es del todo así. Desde que Jung formuló sus teorías psicoanalíticas se habló mucho de «psique colectiva», idea hoy muy combatida. Aunque puedan ser en parte razonables aclaran poco el origen de las leyendas, como se ha intentado. Es inconcebible que todos o muchos de los componentes de un pueblo pensarán a la vez lo mismo y crearan algo sin previa comunicación, y tampoco es viable que se reunieran para hacer un argumento entre todos. Además, esto requiere un grado de inteligencia y capacidad literaria que no todos tenían en la alta Edad Media. Es evidente que cada historia tuvo su autor individual, cantor, peregrino, monje, de nombres perdidos, que creó el primer núcleo que se aceptó por su utilidad política -si no se inventó con este objeto- y que el pueblo adoptó como suyo.

En esta materia es imposible separar lo culto y lo popular. Los cuentos de Perrault, de los hermanos Grimm y de tantos otros, son versiones literarias de estos autores montadas con los materiales de las consejas que andaban en labios del pueblo desde tiempo inmemorial. Perrault redactó su cuento de *La Cenicienta* espigando entre las más de cuatrocientas versiones populares que corrían por toda Europa.

Si lo culto puede proceder de lo popular, también ocurre lo contrario. Un tema culto puede ser absorbido por la masa y convertirse en popular incluso con olvido del autor. No hay que retroceder un milenio: Don Juan Tenorio, la Cibeles, la Verbena de la Paloma, son obras popularísimas, pero una encuesta daría un porcentaje mínimo de conocedores de los literatos Tirso de Molina y José Zorrilla, de los escultores Francisco Gutiérrez y Robert Michel, del músico Tomás Bretón y del libretista Ricardo de la Vega⁶.

La autoría de las leyendas asturianas apunta a eclesiásticos cultos relacionados con la Corte. Es imposible que nadie inventara el milagro de la Cruz de Pelayo y de la fórmula profiláctica si no había leído la *Vita Constantini* de Eusebio de Cesárea, lo que supone un grado de cultura que entonces sólo podía tener un religioso. Lo mismo indica el manejo del lenguaje y términos eclesiásticos del anónimo autor de la peregrina Oria.

Las narraciones maravillosas de las Cruces son asturianas en su formulación concreta, pero casos particulares de temas muy generales. Por ejemplo, la levitación: Pelayo ve la Cruz flotando en el cielo, los ángeles vuelan, la Cruz de Alfonso II aparece suspendida en el aire, la misma Cruz se eleva y arrastra a un obispo. Otro tema universal son los seres sobrenaturales que aparecen como sencillos mortales y luego resultan ser ángeles, santos o hasta el mismo Jesucristo, y es muy frecuente que parezcan peregrinos. También las armas que hieren a los malvados que las manejan, como ocurre en Covadonga. Otros temas amplios son la predicción, como la hecha

6. Sobre este problema, A. HAUSER, «Historia del Arte según los estados culturales: Arte del pueblo y Arte popular», en *Introducción a la Historia del Arte*, Ediciones Guadarrama, Madrid, 1961.

por el ermitaño a Pelayo, la posesión diabólica y el exorcismo. En ambas Cruces existe el motivo del «objeto precioso», que por belleza y riqueza puede ser mágico y hasta simbolizar a la propia divinidad por la luz que se refleja en su oro. Y no se olvide la frecuente atribución de obras notables o de origen olvidado a los ángeles, a la Virgen, los gnomos, las hadas o el Diablo⁷.

LAS LEYENDAS DE LA CRUZ DE PELAYO O DE LA VICTORIA

Cruz de la Victoria es denominación relativamente reciente, antes se la conocía por Cruz de Pelayo y a veces por Cruz de Covadonga, refiriéndose a la simple madera que habría enarbolado en al batalla el primer caudillo de la Reconquista. Pero ya en el siglo XVIII el P. Risco distingue ésta y la joya en que la convirtió Alfonso III a la que ya denomina Cruz de la Victoria⁸. Aunque la pieza de Alfonso III sea un siglo más moderna que la de Alfonso II, comenzamos por ella porque sus leyendas se refieren a tiempos más antiguos, al día mismo en que nació el Reino asturiano.

La leyenda de la aparición de la Cruz

Ninguna de las tres *Crónicas* redactadas en tiempos de la Monarquía asturiana, en el siglo IX, citan el milagro ni la presencia de la Cruz, aunque todas coinciden en que el triunfo se debió a la protección divina. *La Albeldense* dice escuetamente: «y así, por providencia divina, nació el Reino de los asturianos» (*et asturorum regnum divina providentia exoritur*). La *Crónica* de Alfonso III, versión *Rotense*: «Pero entre todo esto no falta la grandeza divina, pues las piedras arrojadas, al llegar a la morada de la Santa Virgen María, rebotan sobre los caldeos y los destrozan» (se llamaba caldeos a los musulmanes por una comparación bíblica peyorativa). La versión *Ad Sebastianum* de la misma *Crónica*: «Montan los fundíbulos, disparan incesantemente las flechas. Pero entre todo esto, no falta la grandeza de Dios, pues las piedras arrojadas, al llegar a la santa morada de la siempre Virgen María rebotan sobre los que las arrojaban, destrozando a los caldeos»⁹. Tampoco los documentos astures citan ninguna de las cruces, aunque es indudable que existían cuando se redactaron, salvo quizás una mínima referencia a la Cruz de la Victoria¹⁰. El resto de las *Crónicas* medievales importante de los siglos XI al XV silencian la Cruz de Pelayo, mientras la mayoría se refieren a la Cruz de los Angeles y a su leyenda. Tampoco se preocupan de la Cruz de la Victoria, salvo Lucas de Tuy, que en el siglo XIII la despacha con estas escuetas palabras: «entre otros ornamentos de la Iglesia de Oviedo, dióle noble cruz de oro puro y piedras preciosas».

Hay que esperar hasta 1572 y 1586, en que Ambrosio de Morales escribió su *Viage Santo* y publicó su *Coronica de España*, para hallar la primera versión de la aparición de la Cruz de Covadonga: «Los Asturianos cuentan como cosa muy cierta

7. Buen estudio de las fantasías populares en torno a obras de origen ignorado, J. AMADES, «Mitología megalítica», *Ampurias*, vol. III, pp. 113 y ss., Diputación Provincial de Barcelona, Barcelona, 1941.

8. M. Risco, tomo XXXVII de *España Sagrada*, Oficina de Blas Román, pp. 219-222, Madrid, 179; reec. facs. Mases Ediciones. Gijón, 1986.

9. La bibliografía de las *Crónicas* asturianas es demasiado extensa para citarla aquí. De cómoda consulta: J. E. CASARIEGO, *Crónicas de los Reinos de Asturias y León*, Editorial Everest, S. A., León 1985, trad. castellana; J. GIL FERNÁNDEZ, J. L. MORALEJO, J. L. RUIZ DE LA PEÑA, *Crónicas asturianas*. Universidad de Oviedo, Oviedo, 1985, estudio, textos latino y castellano.

10. *Crucem principalem tota, ex purissimo cocto auro fabrecatam, diuersis gemmarum uiridum generebus ornatam, a preciosis lapillis insutam* (Cruz principal toda ella chapada en oro puro, con diversos géneros de esmaltes verdes, ornada e incrustada de piedras preciosas). Véase A. FLORIANO CUMBREÑO, *Diplomática española de la época astur*, Oviedo, 1951, t. II, n.º 192, p. 362. Se trata del Testamento de Alfonso III de 910, desgraciadamente este documento parece un falso del siglo XII.

entre ellos, que al Rey Don Pelayo se la apareció el día de la batalla una Cruz en el Cielo; y así con el esfuerzo de tal empresa, tomando una cruz no pequeña de roble por estandarte, siguió la victoria que del Cielo se le mostraba: y de la misma cruz uso después por bandera en toda guerra con los Moros»¹¹.

Tirso de Avilés, asturiano y canónigo de Oviedo, que al parecer nada tuvo que ver con Morales, que era cordobés, escribió por los mismos años. No explica la leyenda, pero la conocía cuando escribió que «la Cruz, la cual hecha de roble en Cobadonga, el (Pelayo) la llevaba por bandera»; y al referirse al escudo de Cangas de Onís escribe una poesía que termina así:

«Fue de nuestra España repellido,
el pérfido pueblo mahometano;
a quien se mostró la cruz gloriosa,
con que venció la batalla milagrosa»¹².

Morales y Tirso de Avilés citan como su fuente de información lo que andaba en boca del pueblo. Los autores que escribieron poco después aceptaron la leyenda, la alargaron y la complicaron. Así, el P. Carvallo repite la historia «y se colige de la parte primera del libro quarto de Don Rodrigo, que este nuevo Rey mereció ver *una Cruz roxa en el Cielo*», falsa erudición porque Rodrigo Ximénez de Rada nada dice de esto en su *Crónica*. Carvallo observa que este milagro es repetición del de Constantino, y que la cruz tuvo en Asturias el mismo valor que el lábaro del emperador romano¹³.

Mauro Castella Ferrer, curioso escritor gallego que vivió en el siglo XVI y comienzos del XVII, también recogió esta versión, aunque brevemente¹⁴. Luis de Valdés se hizo igualmente eco en el siglo XVI del prodigio: «milagro de Dios manifestado en una cruz que se vio en el cielo»¹⁵. Cierta erudito médico vallisoletano del mismo siglo publicó en 1604 un extenso poema sobre Pelayo, mediocre pero interesante por su enriquecimiento de la leyenda. Además de añadir muchos detalles, afirma dos apariciones de la Cruz a Pelayo, la primera con orden de no empezar la lucha hasta que se repitiera la visión¹⁶.

Juan de Portilla fue un escritor del siglo XVII; posiblemente nadie ha escrito tanto sobre apariciones de cruces, ni ha dado tan extrañas interpretaciones y acumulado tantos disparates¹⁷. Repite la leyenda con interminables glosas, insiste en la doble aparición, en la comparación con Constantino, y dice que en adelante muchas casas nobles adoptaron en sus blasones no una cruz, sino dos, una dentro de otra, porque a su parecer en Covadonga hubo dos, la de fuego que apareció en el cielo y la de roble que hizo Pelayo. Y remata sus fantasías diciendo que el ángel que mostró la cruz no era otro que el mismo Jesucristo.

José Manuel Trelles repitió la leyenda en 1736 y aumentó la erudición al presentar a Pelayo contemplando la cruz acompañada de las mismas palabras (oídas o escritas) ae la visión de Constantino, «Con este signo vencerás» (*In hoc signo*

11. A. DE MORALES, , *Coronica*, t. VII, libro XIII, cap. III, pp., de la edición de Madrid, 1791-1792. Ver también *Viage*, pp. 68 y 77 de la edic. de 1765 y facs. de Oviedo, 1977.

12. TIRSO DE AVILÉS, *Armas y linajes*, p. 110 poesía; ver también pp. 111 y 173 y ss.

13. L. A. DE CARVALLO, *Antigvedades y cosas memorables del Principado de Asturias*, Julián Paredes, Madrid, 1695. Es publicación postuma, se escribió casi un siglo antes. Edic. facs., Ayalga Ediciones, Salinas, 1977. Pp. 105-106.

14. M. CASTELLÁ FERRER, *Historia del Apóstol Santiago Zebedeo, Patrón de las Españas*, Oficina de Alonso Martín de Balboa, Madrid, 1610, folio 445 recto.

15. L. DE VALDÉS, *Memorias de Asturias*, Monumenta Historia Asturiensia, vol. V, Gijón, 1978, p. 89.

16. A. LÓPEZ PINCIANO, *El Pelayo del Pinciano*, Luis Sánchez, Madrid, 1605, edición preciosa y muy rara; largos fragmentos incluidos por J. DE PORTILLA, *España restaurada por la Cruz, con lo que por ella han obrado los españoles en la Ley de Gracia*, Imprenta Diego García Morras, Madrid, 1661, pp. 55-58.

17. PORTILLA, *España restaurada*, «investigaciones» I a XIII, en especial la IV, pp. 52 y ss.

vinces)¹⁸. En resumen, tras un silencio de siglos, la mayoría de los autores a partir de Morales y Tirso de Avilés consignan la leyenda, que sigue viva hoy. Las variantes son pequeñas: Pelayo la ve una o dos veces, sólo la contempla, le cae del cielo, la hizo fabricar, la improvisó él mismo con dos ramas. Todos coinciden en que fue de roble, lo que es verdad.

La leyenda de la Cueva de la Virgen y el ermitaño

La mayoría de las *Crónicas*, desde las asturianas más antiguas, insisten en que en la cueva donde se acogió Pelayo había una «morada» o santuario de la Virgen. Una narración al parecer tardía, al menos la encontramos por primera vez en Carvallo a finales del siglo XVI o comienzos del siguiente, amplía novelescamente esta noticia¹⁹. En la cueva había un altar dedicado a Santa María y servido por un santo ermitaño. Tiempo antes de la batalla entró Pelayo persiguiendo a un criminal que se había refugiado allí. El ermitaño le dijo: «Perdónalo y no lo cojas en este sagrado lugar, día vendrá en que tú también te refugiarás en él». Esta versión tuvo poco éxito, la repiten tardíamente pocos autores, como Medrano y Morayta²⁰. Rada y Delgado aprovechó esta leyenda en el siglo XIX para dar una variante de la Cruz de Pelayo: en la batalla del Guadalete Rodrigo, último rey visigodo, perdió el pendón en la derrota, por lo que Pelayo y los suyos no tenían ninguno, entonces el ermitaño tomó la cruz que había en el altar y antes de empezar el combate se la entregó diciéndole: «He aquí la señal de la victoria», traducción casi exacta de la fórmula constantiniana²¹.

La Cruz de Pelayo y el origen de los apellidos Caso y Noriega

En Asturias hay un concejo de Caso y una vieja familia de hidalgos de este nombre, es un apellido que sobrevive. Su escudo antiguo era una cruz de hierro blanca vacía coloreada de rojo en los huecos. Tirso de Avilés la explica diciendo que Pelayo estaba muy afligido en Covadonga antes de la lucha, y que un caballero vio la cruz y «le dixo que mirase aquel caso», a lo que Pelayo respondió «que por tal caso fuesen sus armas la dicha cruz»²². Portilla va más allá, no dice el nombre del caballero, que era Suero antes de la visión, sino que era un anónimo compañero de Pelayo y el primero en ver la cruz y llamar la atención de Pelayo; éste dijo *cassu vidi* (acaso la vi), y de aquí proceden apellido y blasón. Supone Portilla que apareció de fuego entre coros angélicos, se equivoca al creerla de la misma forma que la de Calatrava, inserta en su libro un grabado de la escena en que Pelayo y su acompañante oran de rodillas y en un filacteria la fórmula *In hoc signo vinces*²³.

Tirso de Avilés explica que la familia Noriega tiene por armas una torre y encima un ángel portador de una cruz como la de Pelayo. Las justifica porque un compañero de Pelayo se encontró sitiado en una torre, salió de ella luchando, se le apareció un ángel con la cruz y venció. Casos y Noriegas deben sus blasones a versiones de tercera mano de la visión de Constantino²⁴.

18. J. M. TRELLES, *Asturias ilustrada*, Imprenta de Joachin Sánchez, Madrid, 1736,1.1, p. 395 y en especial p. 457. Edic. Facs. Ayalga Ediciones. Salinas, 1980.

19. CARVALLO, *Antigüedades*, p. 103.

20. M. MEDRANO, *Patrocinio de Nuestra Señora en España. Noticias de su imagen del Rey Casto...*, Oviedo 1719, pp. 15 y 16. M. MORAYTA, *Historia general de España*, Felipe González Rojas Editor, Madrid, 1886 (2.ª edic), t. I, p. 836.

21. J. DE D. DE LA RADA Y DELGADO, *Viaje de SS. y AA. por Castilla, León, Asturias y Galicia, verificado en el verano de 1858*, publicado a expensas de la Reina, Madrid, 1860, p. 270.

22. TIRSO DE AVILÉS, *Armas y linajes*, pp. 124-125, con poesía.

23. PORTILLA, *España restaurada*, cuenta la historia en las pp. 77-78, insiste en ella e incluye grabado en las pp. 1 y 2.

24. TIRSO DE AVILÉS, *Armas y linajes*, p. 73.

Otras tradiciones: de la Santa Cruz de Cangas de Onís a la Cruz de la Victoria

El hijo y sucesor de Pelayo, Favila, juntamente con su esposa Froiliuba, construyeron cerca de Cangas de Onís una iglesia consagrada a la Santa Cruz. La versión *Rotense* de la *Crónica* de Alfonso III afirma que Favila «construyó con obra admirable una iglesia en honor de la Santa Cruz». En 1632 se demolió y renovó, se destruyó durante la Guerra Civil y se reedificó después. En la copia que hizo Morales de la inscripción del templo antiguo consta la consagración en 737 por el sacerdote Astrio. Tirso de Avilés también la reprodujo.

Por lo menos en el siglo XVI la tradición local era muy fuerte respecto a esta capilla. Todos la creían levantada en recuerdo de la batalla victoriosa de Covadonga y que su título honraba la Cruz de Pelayo que allí se conservaba. Según Morales «los Asturiannos cuentan como cosa muy cierta entre ellos» y añade que Alfonso III se la llevó para recubrirla de oro y pedrería, «y los de Cangas me lamentaban a mi como les llevó el Magno de la Iglesia de Santa Cruz, que esta cabe su pueblo, aquella cruz, que reverenciaban como gran reliquia»²⁵. En su *Viage Santo* repite lo esencial apoyándose en lo que «Aquí dicen los de la tierra»²⁶. Tirso de Avilés asegura que «los comarcanos dicen»²⁷. En resumen, la Cruz de Pelayo se conservó en Cangas y Alfonso III se la llevó y la convirtió en la Cruz de la Victoria.

Interpretaciones de las narraciones relativas a la Cruz de Pelayo y la Cruz de la Victoria

Hay realidades indiscutibles, posibilidades más o menos probables y simples fantasías. La batalla de Covadonga existió y Pelayo venció. Todas las *Crónicas* coinciden en que el descalabro fue inmenso: la de Alfonso III versión *Rotense* evalúa en 124.000 los musulmanes muertos en la Cueva y otros 63.000 en un derrumbe al huir por el monte Auseva, cifras imposibles, ya que los cristianos no pasarían mucho del millar. Las viejas historias siempre exageran; en el caso de Covadonga explican la carnicería porque de modo sobrenatural los proyectiles que disparaban desde abajo los sarracenos se volvían contra ellos y los herían. Esto es simple consecuencia de la ley de la gravedad, y si los moros lanzaron piedras y dardos hacia arriba y se quedaron debajo, fueron muy poco inteligentes. De todos modos el resultado debió ser espectacular y debió impresionar a los buenos creyentes. Es muy raro que no se citara la aparición de la Cruz hasta el siglo XVI, ausencia que el fantasioso Portilla arregló de modo simple y absurdo: los judíos y los herejes (que eran su incesante obsesión) la borraron de todos los libros y documentos.

Tan largo silencio y primera constancia escrita tan tardía parece apuntar a una invención erudita del Renacimiento, la adaptación de la leyenda de Constantino el Grande. Cuatro autores antiguos narran el prodigio antes de la batalla del Puente Milvio en que venció a Majencio en 312. Dos retóricos paganos, Nazarus y un anónimo, refieren brevemente que obtuvo la victoria con la ayuda de la divinidad²⁸. El cristiano Lactancio escribió en su *De mortibus persecutorum* que Constantino recibió en sueños la orden de grabar el símbolo de Cristo en los escudos²⁹. Pero fue Eusebio de Cesárea el que dio amplios detalles en su *Vita Constantini*, escrita en

25. MORALES, *Coronica*, t. VII, libro XIII, cap. III, pp. 20-21.

26. MORALES, *Viage*, p. 68 de la edic. de 1765 y facs. de Oviedo, 1978.

27. TIRSO DE AVILÉS, *Armas y linajes*, p. 156.

28. NAZARUS, *Panegyrici*, X, XIV, *Patrol. Lat.* t. VIII, colum. 592; para el retórico anónimo, IX, li, IV, *Patrol. Lat.* t. VIII, colum. 655, en ambos casos con el texto completo.

29. LACTANCIUS, *De mortibus persecutorum*, cap. XLIV, fragmento traducido al francés en F. CABROL, H. LECLERCQ, *Dictionnaire d'Archeologie chrétienne et de Liturgie*, Librairie Letouzey et Ané, t. III, 2.^a parte, columna 2663, París, 1948; t. VIII, 1.^a parte, artículo *Lactiance*, París, 1928, interesan las columnas 1018 a 1041.

griego y traducida al latín por San Jerónimo³⁰. Desencantado de las deidades paganas, Constantino pidió ayuda al Dios cristiano. El día anterior a la batalla, cuando ya atardecía, él y sus soldados vieron una cruz luminosa en el horizonte acompañada de las palabras *In hoc signo vinces*; a la noche siguiente se le apareció Cristo en sueños y le mostró el mismo signo ordenándole que hiciera con él una enseña para el ejército, que fue el lábaro. Eusebio añade que el propio emperador le contó todo esto veinticinco años después, bajo palabra y juramento de ser verdad. Milagro según unos, arreglo de conveniencia política para otros, hay quien cree que se trata de la transposición de una visión pagana de Apolo de 310³¹. El caso es que se aplicó en Asturias casi literalmente.

No habría inconveniente en aceptar la adaptación tardía y erudita si no fuera por la inscripción de la Cruz de los Angeles fechada en el 808, unos 83 o 90 años después de Covadonga, período relativamente corto que puede cubrir una vida humana. Y en esta inscripción ya consta el *Hoc signo vincitur inimicus, hoc signo tuetur pius*, indiscutible adaptación duplicada del lema Constantino. Lo que demuestra que por lo menos en el 808 se conocía en Asturias la leyenda de la versión de Eusebio de Cesárea, y es posible que antes, porque el letrero de la Cruz de los Angeles parece una fórmula ya estereotipada que se repetirá en todas las cruces asturianas. Despojadas de los adornos del Renacimiento y posteriores, estas palabras son definitivas porque es imposible que se inventaran independientemente dos fórmulas tan iguales.

Es indemostrable si en la batalla hubo una cruz con ese lema para animar a los combatientes; tampoco si Pelayo tuvo una alucinación o fingió por interés. Es muy probable que enarbolará la cruz, costumbre medieval muy arraigada y más en una lucha contra infieles. Lógico que la fe de la época atribuyera la victoria a la ayuda de Dios, posible que se conociera la leyenda constantiniana. El supuesto milagro pudo fraguarse también algunos años después, porque es ley de la formación de las leyendas que transcurra algún tiempo desde el hecho que las originó. En resumen, ocho siglos de silencio inclinan al no, un antiguo letrero aboga por el sí. Un dilema sin solución.

La aparición de la Cruz a Pelayo no es única, se cuentan otras a Iñigo Arista, primer rey de Navarra, a Garci Ximenes, en los orígenes de Aragón, a Alfonso VIII en las Navas de Tolosa, y un largo etcétera de relucientes cruces celestes, conversión en lugar común que por manoseado acaba perdiendo interés³².

En cuanto al cuentecillo del ermitaño, es posible que hubiera en la cueva culto a

30. CABROL, LECLERCQ, *Dictionnaire*, t. III, 2.^a parte: Constantino colum. 2622-2695, con abundante bibliografía; la visión celestial, 2663; Lábaro, 2670-2671; de los mismos, *Dictionnaire*, «Eusèbe de Césarée», t. V, 1.^a parte, cols. 747-775, París, 1922; L. RÉAU, *Iconographie de l'Art chrétien*, t. III (I), pp. 341 y ss., Presses Universitaires de France, París, 1958. EUSEBIO DE CESÁREA, *Vita Constantini*, cap. XXVII y ss.; traducción francesa por COUSIN, *La vie de l'Empereur Constantin*, París, 1677. MIGNE, *Vita Constantini*, *Patrol. lat.* t. XX.

31. W. SESTON, *La vision pa'iene de 310 et les origines du christianisme constantinien*, París, 1936. Si creyéramos a Portilla, han escrito sobre visiones de la cruz en el cielo el patriarca Cirilo, San Ambrosio, San Paulino, Rufino, Teodoro, Sozomeno, Eutropio, Nicéforo Calixto, etc., etc.

32. Es increíble la proliferación de apariciones de cruces. Según PORTILLA, además de la de Iñigo Arista -que habría adoptado un blasón con ángel y cruz-, de Garci Ximenez y de las Navas, narra la aparición al obispo de Palencia Rodrigo Sánchez, en tiempos de Enrique IV, otras al conde Fernán González, a Arcadio en una batalla contra los persas; también se aparecían sobre ciudades: sobre la iglesia (?) de San Feliú de Gerona cuando Carlomagno conquistaba la ciudad a los árabes, sobre Alcalá de Henares, Guadalajara, Cea, Tortosa, Molina de Aragón, Arjona, Baeza, Cuenca, sobre el Reino de Valencia, sobre las sinagogas de Salamanca en forma de lluvia, y en general sobre todas las sinagogas de España (Portilla era un antisemita fanático), y mucho más. No faltan otras referencias, BLANCAS refiere que a Garci Ximenez se le apareció en el aire sobre una encina verde, lo ratifican BOSIO, ANDRÉS FAVINO y otros. El manuscrito inédito de la Biblioteca Nacional n.º 8366, es una *Historia general de España desde Adán hasta... 1661*, escrita por Diego DE SOTO Y AGUILAR, es un precioso códice miniado, que además de contar la historia de Garci Ximenez pinta su escudo en colores con encina y cruz a toda página (fol. 145 recto). El barcelonés TARAFA adjudicó, el mismo milagro al rey Pedro II de Aragón en las Navas de Tolosa, en lugar de Alfonso VIII de Castilla.

la Virgen servido por un cenobita, pero la narración es muy tardía, es una invención literaria del siglo XVI o XVII propia de tiempos de intensa devoción mariana.

Los supuestos orígenes de los apellidos Caso y Noriega son también fantasías del siglo XVI, época en que la Heráldica se renovó, reorganizó y alcanzó gran auge. Son justificaciones de noblezas familiares a partir de un héroe epónimo. Al primer Caso se le supuso partícipe del milagro asociándolo a Pelayo con un forzado juego de palabras; el prodigio de Noriega es aún menos convincente.

En cambio, son atrayentemente verosímiles las tradiciones del destino de la Cruz de Pelayo. No hay inconveniente para que se guardara en la Santa Cruz de Cangas de Onís, que está muy cerca de Covadonga, Favila era hijo de Pelayo, la iglesia se construyó entre 12 y 19 años después de la batalla. La proximidad geográfica, familiar y cronológica es muy estrecha. De acuerdo con su advocación en el edificio se veneraba una cruz, en la inscripción fundacional se leía: *Demonstrans figuraliter signaculum alme Crucis. Sit Christo placens hec aula ob crucis tropheo sacrata*³³.

La transformación de la Cruz de Covadonga en la de la Victoria es verosímil, aunque indemostrable, aunque no sería la única reliquia enjorada. La comprobación sería saber la fecha exacta en que se cortó la madera, lo que es imposible. Durante la restauración tras el robo de 1977 se intentó mediante el análisis del radiocarbono 14. Nos opusimos porque nunca da fechas exactas sino aproximadas y con amplios márgenes de error más o menos. Tampoco era oportuno separar madera de pieza tan venerable. Se prometió que bastaría un fragmento del tamaño de un dado y se cortó uno de las dimensiones de cajetilla, el hueco no se rellenó con roble asturiano, sino con roble del Canadá. A una distancia de 10.000 años poco importa un error de doscientos, pero en el caso de la Cruz de la Victoria el resultado del análisis podía fecharla desde los tiempos visigodos hasta los románicos.

Claudio Sánchez Albornoz supuso que el oro de la joya procediera de los 100.000 sueldos que pagó por su rescate Assim ibn al Aziz, valido del rey Mohamed, prisionero de Alfonso III. Este aún conservaba a su muerte parte del tesoro, que legó a Santiago de Compostela y que sus hijos prefirieron apropiárselo³⁴. Es posible porque casi todo el oro asturiano procedía del botín tomado a los musulmanes.

LAS NARRACIONES RELATIVAS A LA CRUZ DE LOS ANGELES

Primera versión, la «Crónica Silense»

Aunque la Cruz se hizo en 808, hay que esperar hasta el 1115 para encontrar la primera versión escrita de su leyenda. Es de un autor que vivió a caballo de los siglos XI y XII, acaso monje de Santo Domingo de Silos (Burgos). La traducción castellana de su texto latino dice:

«Mas por la magnitud del milagro, la angélica cruz sea sacada a plaza. Pues como cierto día el susodicho Alfonso, rey casto y piadoso, tuviese por acaso en la mano cantidad de esplendidísimo oro y algunas piedras preciosas, comenzó a pensar cómo podría ser hecha una cruz con ello para servicio del altar del Señor. Así, estando en este santo propósito, después de la partición del cuerpo y sangre de Cristo, según

33. Transcripción completa de la lápida: MORALES, *Viage*, p. 157, TIRSO DE AVILÉS, *Armas y linajes*, p. 68, Risco, *España Sagrada*, p. 86, NIETO, *Arte prerrománico*, pp. 21-22.

34. C. SÁNCHEZ-ALBORNÓZ, *Orígenes de la nación española. El Reino de Asturias*, t. III, Instituto de Estudios Asturianos, Oviedo, 1975.

costumbre, ya enderezaba sus pasos hacia el palacio real por causa de la comida, llevando el oro en la mano, cuando he aquí que se le aparecieron dos ángeles en figura de peregrinos, fingiendo ser artífices; quien al momento les entregó el oro y las piedras, señalándoles mansión donde sin impedimento de hombres pudiesen trabajar. Lo demás parece cosa maravillosa e inusitada, después de los Apóstoles hasta nuestros tiempos; porque vuelto sobre sí el rey en la misma corta espera de la comida, inquiere a qué personas diera el oro, y al punto comenzó a enviar un agente tras otro para que observasen qué hacían los desconocidos artífices. Ya los servidores se acercaban a la casa del taller, cuando de improviso tanta luz hizo resplandecer el interior de toda la casa, que, por decirlo así, no fábrica humana, sino salida del sol parecía por la extremada claridad. Pero mirando hacia dentro por una ventana los que habían sido enviados (vieron que) idos los angélicos maestros, la cruz sola, llevada a cabo y puesta en medio, irradiaba como un sol en aquella casa; por donde abiertamente consta entenderse que ella fue hecha por divina y no humana aplicación. Lo que oyendo el devotísimo rey, dejando el servicio de mesa, corrió con incansable paso, y dando gracias a Dios con loores e himnos por tan gran beneficio, según cumplía, puso reverentemente dicha venerable cruz sobre el altar de San Salvador»³⁵.

Evolución y variantes

Tras el período oral y la fijación escrita, se fueron añadiendo durante siglos a la leyenda temas y detalles, algunos de modo anónimo, otros de autores conocidos, porque un mismo asunto puede ser «dicho» de múltiples maneras. Las variantes responden a intereses culturales, políticos o religiosos propios de cada época, o con alteraciones de autores que no se conformaron con la repetición y añadieron algo de su cosecha. La leyenda alcanzó tal éxito que se ha repetido hasta hoy; no hay Historia de España o de Asturias, del Arte, guías y otras publicaciones que no la reiteren, calculando por lo bajo sobrepasan el medio millar .

En otras variantes se dice que Alfonso II disponía de materiales preciosos, que los llevaba en la mano en la iglesia y se dirigió a comer con ellos. Los ángeles son siempre dos, salvo una excepción de tres; aparecen como bellos jóvenes, como dos extranjeros, como peregrinos, incluso se ha escrito que eran moros. Dicen ser orfebres o plateros. El rey asiste a la misa, o a la misa y a la comunión. Casi siempre encuentra a los ángeles en la calle, pero en otra versión estaba asomado a una ventana de su palacio y los llama a voces³⁷. Generalmente los pone a trabajar inmediatamente, pero en ocasiones los invita primero a comer en su mesa y los ángeles, algo cohibidos, se disculpan, porque lógicamente no se alimentan.

Alfonso les facilita un taller improvisado en una habitación indeterminada, o en una estancia de su palacio y hasta en la Cámara Santa. A veces no secita la puerta, pero lo corriente es que los mande encerrar o lo haga él mismo y se guarde la llave. Durante

35. Véase el texto latino en J. PÉREZ DE URBEL, *Historia silense*, pp. 139-140, C. S. I. C., Escuela de Estudios Medievales, Madrid, 1959.

36. Traducción de M. GÓMEZ-MORENO, *Introducción a la Historia del Silense*, Madrid, 1921, pp. LXXXIII-LXXXIV.

37. Entre los autores importantes de la Edad Media: Pelayo, obispo de Oviedo; el Silense, *Crónica Najerense*, Rodrigo Ximénez de Rada, Lucas de Tuy, Alfonso X y derivados, *Libro Becerro* de la catedral de Oviedo, Juan Rodríguez de Cuenca, Alonso de Catagena. Del siglo XVI; P. Yepes, P. Mariana, Lucio Marineo Sículo, Tirso de Avilés, P. Carvallo, Francisco Tarafa, Garibay, Marañón de Espinosa, Sandoval, Morales, Juan Vaseo, Bosio, Baronio. De los siglos XVII y XVIII, Trelles, Medina, P. Feijóo, Diego de Saavedra, Martín Carrillo, José Ortiz, P. Claudio Clemente, P. Flórez, P. Risco, Juan de Ferreras, Mauro Castella, Masdeu, Loys de Mayerne, Berganza. Del siglo XIX: Romey, Hernández y Fernández, Amador de los Ríos, Lafuente, Cavanillas, Barón Ch. Davillier, Quadrado, Morayta, Canella, Rosell, Miguel Vigil, Rada y Delgado. Del siglo XX: Elbern, Schramm, Gómez Moreno, Schlunk, Bonet Correa Uría, Marqués de Lozoya Sentenach, Garralda García, Cotarelo Valledor, Lara Peinado, Manzanares, Fabiola Salcedo. Y esta lista es muy restringida.

la comida manda mensajeros por simple curiosidad, o por si necesitan algo, o les envía comida; se arrepiente de su excesiva confianza y quiere comprobar que no le han robado. Los emisarios encuentran siempre la habitación vacía y la Cruz terminada, generalmente entre resplandores cegadores, puede flotar en el espacio e incluso estar flanqueada por dos ángeles «de bulto», al parecer esculturas³⁸. Tiempo después del Silense, pero todavía en la Edad Media, se añadió que Alfonso II contó el milagro al papa León III (que por cierto no reinaba en esta época) y que así consiguió la elevación del Salvador a sede metropolitana³⁹.

Las pintorescas invenciones de Ambrosio de Morales

Ambrosio de Morales se ocupó extensamente de la Cruz de los Angeles en la *Coronica* y en el *Viege Santo*, en que hizo interesante estudio artístico y repitió la versión del Silense. Morales se debatía entre la profunda fe religiosa y el rigorismo científico, y al intentar componendas y faltarle métodos tan afinados como los actuales cayó en algunos absurdos. Así, escribió que «la sutileza de aquella celestial obra, que manifiesta ser labrada por manos de ángeles, sin quese pueda pensar que las de hombres pudiesen hasta allí llegar»⁴⁰. Pero añade: «La delantera es de maravillosa obra, por las espaldas y lados todas las planchas son llanas sin ninguna labor, asi que se ve claro como los Angeles no labraron mas que aquella plancha de delante, y que el Rey después para afirmarla sobre la madera, mandó añadir lo demás. Y puédesse muy bien creer quiso que fuese todo liso, con deseo y cuidado que resplandeciese más la hermosura de la labor angelical»⁴¹. Esta extraña colaboración habría tenido éxito en la Edad Media, pero a finales del siglo XVI la leyenda estaba bien fijada, y sólo repiten el amaño el P. Carvallo, Marañón de Espinosa y Sandoval, éste para criticarlo⁴². Puede que tenga una explicación. En tiempos de Morales se desconocía el valor 40 del nexo hispánico XL, del que sólo se advertía la X y se valoraba 10. La fecha no encajaba así con el reinado de Alfonso II, además, está cifrada en la Era hispánica, pagana y 38 años anterior a la cristiana. De esto resultaba que los ángeles se equivocaban en la cronología del reinado, que fechaban la Cruz por un sistema pagano o que ignoraban cuándo nació Cristo. Morales lo arregló leyendo la Era hispánica como cristiana, sin descontar los 38 años, y al atribuir el letrero a la parte hecha por los hombres los ángeles quedan a salvo de errores.

En la Cruz se aprovecharon varias piedras romanas antiguas talladas con figuras de dioses paganos, gnósticos y desnudos femeninos. Esto chocó a Morales y lo arregló con un buen criterio de los ángeles: «Quisieron verdaderamente los Angeles que la majestad del Imperio Romano, sus riquezas, sus ingenios, sus artífices, y finalmente todos los bienes que ya muchos siglos atrás estaban sujetos a la Cruz de Jesu-Christo, sirviesen allí también para hermosearla, y enriquecerla»⁴³.

El Padre Luis Alfonso de Carvallo descubre la identidad de los ángeles

Este autor asturiano de finales del siglo XVI y comienzos del XVII dedicó un buen estudio a la Cruz, que de pronto sorprende con increíbles fantasías. Sigue la

38. L. DE VALDÉS, *Memorias de Asturias*, p. 96.

39. La elevación de la Iglesia de Oviedo a metropolitana se repite con mucha frecuencia a partir de R. XIMÉNEZ DE RADA, *Historia de los hechos de España* (escrita en el siglo XIII), Alianza Editorial, Madrid, 1989, p. 170.

40. MORALES, *Coronica*, t. VII, p. 169, edic. 1791.

41. MORALES, *Coronica*, t. VII, p. 170, edic. 1791.

42. C. CID PRIEGO, «El obispo de Pamplona frey Prudencio de Sandoval estudioso de la Cruz de los Angeles de Oviedo», *Príncipe de Viana*, Pamplona, 1990, año LI, n.º 191, pp. 771 y ss.

43. MORALES, *Coronica*, t. VII, p. 171, edic. 1791.

teoría de Morales de la colaboración entre ángeles y hombres, y sólo cree de los primeros la filigrana y la pedrería. Pero lo inverosímil es cuando escribe: «Yo tengo para conmigo, que estos dos Angeles han sido Michael, y Gabriel; porque á Michael, como Alferez de la Milicia Celestial, tocava el traer a la Milicia Christiana la Insignia, y Vandra de ellas; y el Rey Alfonso le era tan devoto, que le iba fabricando vna Iglesia, tan pegado à su Plació, que entiendo era la Capilla Real, en la qual puso después la Santa Cruz. Y a Gabriel, como Embaxador que fue de la Reyna de los Angeles, tocava el venir a significar al Rey Casto quan agradable era a su Señora la Iglesia que le iba fabricando a vn lado de la Catedral, que hasta oy llaman Nuestra Señora de Rey Casto, y a traer como fuerte a la misma Fortaleza el Escudo de la Cruz»⁴⁴.

Candorosa inocencia. Por contraste, en el mismo siglo XVI, el siciliano Marineo Sículo se limita a decir escuetamente que «En el tiempo desde Rey don Alonso es fama que en la Iglesia de Oviedo apareció de presto una Cruz de oro muy hermosa hecha por los ángeles sin ningún artificio humano»⁴⁵.

Una extraña variante de Luis de Valdés y el obispo volador

El avilesino Luis de Valdés, que vivió en los siglos XVI y XVII, repitió la leyenda acostumbrada con la modificación de que cuando los servidores del rey van a la estancia «hallaron la cruz hecha, sin que pareciesen los mancebos, y retratados de bulto los ángeles teniendo la cruz, la cual, dicen se halló en el aire»⁴⁶, es decir, que de modo vago intenta justificar como obra angélica las esculturas de los sobrenaturales artífices que de modo natural ya se habían añadido en su época.

Más sorprendente es lo que cuenta de un obispo que voló por los aires arrastrado por la Cruz: «He oido decir que, por una gravísima necesidad, la habia querido sacar el Obispo de esta ciudad en procesión y que se iba el Obispo suspendiendo al cielo con ella; trabaron de él los ministros colaterales y no salió de la Cámara Santa. Dios sabrá por que»⁴⁷. Desconocemos referencias anteriores ni posteriores a los ángeles de bulto y al obispo volador.

La maravillosa historia de la endemoniada Oria y la Cruz de los Angeles

Se conserva en dos manuscritos casi idénticos, derivados del mismo original, que se cree redactado entre 1175 y 1189; las copias son anónimas, de hacia 1200 y la letra francesa. Su autor debió de ser galo y religioso. El largo texto se refiere a asuntos muy diferentes, da noticias de Alfonso II (al que supone gascón y que vino a reinar a Asturias desde Frnacia), de Alfonso III, el traslado de las reliquias desde Jerusalén y su inventario⁴⁸.

44. CARVALLO, *Antigüedades*, p. 175.

45. Edición latina de Lucius MARINEUS SICULI, *Regii Historiographi de Rebus Hispania memorabilis opus. Libri XXII cõmprelo ensum, Hispaniae Illustratae*, t. 1, pp. 292 y ss., Apud Claudim Martinum et Heredes Ioan Aubril, Francofurti, 1603. Edición castellana, *Coronica de las cosas memorables de España*, Alcalá de Henares, 1539, el texto lo copiamos del folio lj recto., es una preciosa edición en letra gótica.

46. L. DE VALDÉS, *Memorias de Asturias*, p. 96.

47. L. DE VALDÉS, *Memorias de Asturias*, p. 96.

48. *Narratio de reliquiis a Hierosolyma Ovetum usque trasloas...* Un manuscrito en el n.º 804 de la Biblioteca de Cambrai; otro el 229 de Sir Thomas Philipps, en Cheltenham. La primera publicación, CH. KÖHLER, *Revue de l'Orient Latin*, n.º 5, pp. 6 y ss., París, 1897; L. VÁZQUEZ DE PARGA, J. M. LACARRA, J. URÍA RÍU, *Las peregrinaciones a Santiago de Compostela*, Madrid, 1949, reed. facs. Diputación Provincial, Oviedo, 1981, sólo publicaron la parte de Oria en el t. III «Documentos y textos», n.º 91, pp. 148 y ss., breve comentario en el t. II, pp. 181 y ss.; F. J. FERNÁNDEZ CONDE, *La iglesia de Asturias en la alta Edad Media*, Instituto de Estudios Asturianos, Oviedo, 1972, «Apéndice documental», III, pp. 162 y ss. transcribe el texto latino completo. C. CID PRIEGO, «Las joyas prerrománicas», *Liño*, núms. 9 y 10 (en prensa).

También incluye la leyenda de los ángeles con muchos detalles y algunas variantes importantes. El rey estaba en la iglesia y ve tres jóvenes peregrinos que pasean por el templo. Sigue lo ya sabido con el episodio de la invitación a la comida que los ángeles posponen a la terminación de la obra. Alfonso es muy desconfiado, los encierra personalmente y se guarda la llave, cuando vuelve no encuentra a los orfebres y ni los materiales que les entregó. Se cree burlado por unos magos y envía mensajeros por todo el Reino para prenderlos. Desesperado reza ante el altar del Salvador, y mientras lo hace advierte que la Cruz está sobre el de San Pedro, por lo que cree que la hicieron los ángeles.

Lo más interesante de este texto es la historia de la endemoniada Oria, que se encuentra al final. Sorprende hallar esta especie de cuento o casi novelita en época en que los escritos son secos, poco amenos y humanos, aburridos para el no especialista. Es una fantasía desbordada que a veces roza la comicidad y otras casi la ternura. Una especie de *El Exorcista* del siglo XII que merecería traducción y difusión.

Un hombre apremiado por la lujuria quiso yacer con su esposa una noche de la festividad de Santa María, y aunque ella se opuso, él consiguió su propósito con gran indignación de la mujer que, enfurecida, prometió al Diablo lo que naciera de aquel acto. Tuvo una niña a la que llamaron Oria y que Satanás poseyó desde el primer momento de acuerdo con el ofrecimiento de la madre. Siguen las numerosas aventuras y las sabrosas tropelías de la endemoniada, hasta que llega a Oviedo donde hacen todo lo posible para sacarle el ¡Diablo del cuerpo. El Maligno habla siempre por boca de Oria y sobre ambos recaen las acciones del exorcismo. Le leyeron el Evangelio, que le molestó mucho, pero sin resultado; le echaron la estola sobre los hombros y se quejó de grandes sufrimientos de ahogo, pero no cedió. Satanás respondía siempre que le habían dado a Oria, que era suya y que no estaba dispuesto a soltarla; y respondía con suma habilidad a todas las razones que le daban para que se marchara. Desesperados los sacerdotes, recurrieron a la Cruz de los Angeles:

«El archidiácono ordenó que trajeran la Cruz de los Angeles. Traída con gran respeto y acercada a él, ⁷⁰ podía hablar, sino que su boca se hinchaba sin abrir los labios y cerraba los ojos. Alejada un poco la cruz, gritaba '¡Llevaos esto, llevaos esto. Os diré lo que queráis sobre personas principales!' No se atrevía a nombrar ni a ver la cruz. Dijo el archidiácono: 'Traed las reliquias'. El Demonio respondió: 'De muy buena gana saldría ahora mismo, si no la amara. Me atormento, pues y sufro'».

Así siguió la porfía hasta que el intento diabólico de devorar la Cruz le dañó de tal modo que abandonó para siempre a su víctima:

«Respondió: 'No puedo dejarla porque la amo mucho'. El archidiácono dijo: 'Traed la Cruz de los Angeles' Respondió: 'Yo la devoraré'. Revestidos pues de las vestiduras blancas de clérigo, trajeron la cruz. Pero ella, torciendo el cuello y mirando medrosamente desde un lado y desde otro, tenía miedo y no se atrevía a mirar la cruz. Entonces el archidiácono, poniendo un brazo de la cruz delante de su boca, dijo: 'Come ahora, si puedes'. A ella, que apretaba los labios tan fuertemente que casi tocaba la punta de la nariz con el labio inferior, se la hincha todo el cuerpo de manera extraordinaria. Temiendo entonces el archidiácono que muriera la mujer, quitó la cruz. Quitada ésta, dijo el Maligno: 'Si quisierais que yo hablara, os diría muchas cosas'. Respondió el archidiácono 'No nos importan tus palabras, sin que salgas' (Respondió:) 'No deseo otra cosa, porque sufro'. El archidiácono dijo: '¿Por qué viniste entonces?' Respondió: 'El Salvador me envió para castigo del mundo Y después de retiradas las reliquias, la cruz y la estola, lanzó llorando un alarido larguísimo y muy agudo y de este modo salió ⁴⁹ para no volver a entrar en ella, amenazando con que aun les haría mucho mal» .

49. La presente traducción castellana es de MARTÍN SEVILLA.

La historia acaba con un final feliz: el obispo bautiza a Oria con el nombre de María. La mujer adquiere gran belleza, abandona las extrañas comidas que hacía antes y se alimenta como los humanos normales, cuenta alguna de sus fechorías pasadas y en adelante lleva una existencia cristiana y santa. Todo gracias a un milagro de la Cruz de los Angeles.

Referencias a la morería

No podían faltar en España ni aun tratándose de ángeles. Vimos que Sánchez Albornoz suponía que el oro de la Cruz de la Victoria era de origen árabe. Algo semejante escribió en el siglo pasado Mariano de Valdés, que supuso que el de la Cruz de los Angeles era del botín⁵⁰ que cogió Alfonso II en Lisboa en el 797. Es otra posibilidad sin comprobación⁵¹.

La belleza de las artes suntuarias árabes inclinó a Morales a comparar la filigrana de la Cruz angélica con la que hacían los antiguos musulmanes españoles, lo que es reconocer que hasta los ángeles les copiaban cuando querían hacer algo excelente.

Más forzada es la sugerencia de Evaristo Escalera, según él los artífices habrían sido auténticos musulmanes:

«Créese que los artífices á quienes encargó Alfonso la cruz eran árabes, entre los cuales las artes estaban bastante más adelantadas que entre los godos en aquella época; pero no queriendo enagenar la devoción de ella revelando su procedencia, rodeó su fabricación de cierto misterio, encerrando á los artistas en paraje oculto, y haciéndolos salir de sus dominios tan pronto como terminaron su primoroso trabajo. Este misterio pudo dar margen á la citada leyenda, que concuerda con el carácter supersticioso de aquellos remotos siglos»⁵¹.

«La leyenda de la catedral» de Víctor Alperi

Además de numerosos estudios eruditos, el siglo XX ha aportado un par de creaciones literarias referentes a la Cruz de los Angeles. Una es *La leyenda de la catedral*, incluida por Víctor Alperi en su libro *Ruta y leyendas de Oviedo*. Parte del recurso literario de contar lo que le dijo un supuesto anciano sacristán ya fallecido. Este hombre observaba que al cerrar la catedral al caer la tarde, entraban dos hermosos jóvenes imberbes, de unos dieciocho años y exactamente iguales, oraban y desaparecían. No se les veía por la ciudad, nadie les conocía. Una tarde escuchó un ruido en la Cámara Santa, que estaba cerrada, se acercó, se oían susurros, abrió y la vio inundada de resplandores cegadores, las capas de los muchachos tiradas en el suelo, ellos transformados en brillantes ángeles con coronas y alas, arrodillados a los lados de la Cruz. El sacristán salió, creía que habían pasado escasos minutos, pero al salir las campanas del reloj tocaron las cinco de la mañana⁵².

«Ladrones en la catedral», de José María Casielles

Esta novela es el último aporte narrativo a las joyas de la Cámara Santa. En resumen, se trata del multimillonario holandés Frans van Steen, de unos 50 años, coleccionista y dueño del yate «Everzwijn» que le sirve para sus fechorías. Sus ayudantes y amantes son Agatha Helst, de 26 años, bella y de larga melena rubia, y

50. M. MENÉNDEZ VALDÉS, *Historia crítico-filosófica de la Monarquía asturiana*, pp. 141-142, Madrid, 1880.

51. E. VIGIL ESCALERA, «Crónica del Principado de Asturias», en G. ROSELL (director), *Crónica general de España*, t. II, p. 90, nota 1, Editores Rónchi, Grilo, Madrid, 1865.

52. V. ALPERI, *Ruta y leyendas de Oviedo*, pp. 29 y ss., Oviedo, 1959.

Lisbeth Berchem, una espectacular morena de 40 años. Planean varios robos en templos españoles, en especial el de las joyas de la Cámara Santa, que ocupa la mayor parte del libro. Interviene un Pedro Fernández, anticuario de Madrid que organiza el golpe, y una cierta Carmen. El ejecutor material es el «Ardilla», caco especializado que se introduce en la Cámara Santa, roba las joyas y las sustituye por copias. Las piezas salen de España en el yate. Todos los personajes son ficticios, así como los detalles y la sustitución. Curiosamente, a partir de la página 183 se resume la historia auténtica con el destrozo de las joyas, que no liga con lo anterior⁵³.

Interpretaciones de las narraciones de la Cruz de los Angeles

Pese a su aspecto maravilloso, la leyenda angélica contiene muchos elementos reales. Existía la basílica del Salvador, Alfonso II, su palacio (del que quedan ruinas), la Cruz se realizó. Que el oro fuera de procedencia musulmana, que se reutilizaran piedras romanas, es perfectamente normal⁵⁴. Son lógicos los sentimientos humanos, como el deseo de hacer una hermosa cruz para la basílica que Alfonso estaba terminando, sus recelos respecto a la honestidad de los artífices. En las condiciones socioculturales del momento se comprende que el rey no encontrara orfebres cualificados en sus dominios y encargara la obra a dos extranjeros. En la leyenda los artistas tienen doble personalidad, la aparente de peregrinos y la oculta de ángeles; si se reduce ésta a simple condición humana, la narración nada tiene de maravillosa.

Hoy está casi universalmente aceptada la interpretación de que los dos supuestos angélicos orfebres pudieron ser peregrinos que se ganaban la vida ejerciendo su oficio en el camino, lo que en realidad sucedía; y como la joya tiene semejanzas con el arte prerrománico del Norte de Italia, se ha supuesto que éste era el origen de los artistas, incluso se han creído lombardos. La solución parece perfecta, sólo tiene un fallo: en el 808 no había peregrinaciones a Santiago. Se desconoce la fecha exacta de la invención del sepulcro del Apóstol. El primer peregrino extranjero documentado es Gontescalco, obispo de Puy, en el 950, según atestigua Gómez, monje de Albelda. La primera referencia de un documento auténtico de Santiago es del 885, la *Concordia de Antealtares* es ya de 1077. Las noticias introducidas en el *Martirologio* de Floro de Lyon se refieren al segundo tercio del siglo IX y no hablan de peregrinos. Sabemos que la invención tuvo lugar reinando Alfonso II en Asturias y Carlomagno en el Imperio, Carlomagno fue coronado Emperador por el papa el día de Navidad del 800. Todo apunta a que la invención fue en el primer tercio del siglo IX. Es muy posible que en 808 no se hubiera producido, y en caso contrario no se pueden admitir peregrinaciones inmediatas y menos de extranjeros. En los primeros tiempos Santiago de Compostela fue meta de peregrinos locales, asturianos y gallegos, hasta el siglo X no empiezan a llegar extranjeros, en el 997 Almanzor arrasó la ciudad y destruyó la basílica hasta los cimientos. Hay que esperar hasta los comienzos del XI para la reconstrucción y el comienzo del auge universal de las peregrinaciones. La interpretación de la leyenda sería perfecta si la Cruz se hubiera hecho en estos tiempos, pero no en 808. Esto no impide que la fabricaran orfebres del Norte de Italia, pero habrá que buscar otro motivo de su presencia en Asturias en fecha tan temprana.

Hubo un intento de buscarlo en la *Historia del arte de la pintura* de Juan Agustín Ceán-Bermúdez, tomo I, fol. 284, cuyo manuscrito se conserva inédito en el Archivo de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando (377/3), fechado en febrero de 1823, obra más que merecedora de que algún día se publique. Después de un breve

53. J. M. CASIELLES AGUADÉ, *Ladrones en la catedral*, Gijón, 1979.

54. F. SALCEDO GARCÉS, «LOS entalles romanos de la Cruz de los Angeles», *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, n.º 121, pp. 73 y ss., Oviedo, enero-marzo 1987; C. CID. PRIEGO, «Las gemas romanas antiguas decoradas de la «Cruz de los Angeles» de Oviedo», *Ampurias*, Institut de Prehistoria i Arqueologia, Diputació de Barcelona, Barcelona (en prensa).

análisis de la Cruz de los Angeles, y de equivocarse en la fecha (la cree del 798), pasa a las relaciones de Alfonso II con Carlomagno y al intercambio de regalos que mantuvieron. A continuación escribe:

«Y quien sabe, si los mancebos, que se presentaron en Oviedo al rey D. Alonso, ofreciéndose á trabajar la rica cruz de oro y piedras, que deseaba regalar á la iglesia mayor, y refieren las antiguas leyendas que eran espíritus, por lo que la llaman todavía la Cruz de los Angeles, fueron enviados, siendo profesores muy diestros en el arte, por el emperador, ó por su hijo Ludovico?»

La hipótesis está históricamente bien fundamentada y, aunque indemostrable, sería verosímil si la técnica y estilo de la joya fueran las de una pieza carolingia pura, pero no es así, sabemos que apuntan al Norte de Italia. Si la Cruz de los Angeles poco tiene que ver con lo carolingio, en cambio casi todos están de acuerdo con la influencia de ese estilo y hasta en la colaboración de artistas carolingios y asturianos en el caso de la Cruz de la Victoria. Pero había pasado un siglo y este es ya otro asunto.

Se ignora si el Silense recogió la leyenda de viva voz o de un texto, que a fin de cuentas también fijaba la conseja que andaba de boca en boca por Oviedo por lo menos desde el siglo XI. Se repitió como verdad incuestionable hasta que surgieron las primeras dudas en el siglo XVI, algunos la siguieron creyendo hasta el XIX. Si estaba fijada en el XII, hay que suponer su existencia por lo menos en el XI. Pero ¿cuándo y cómo surgió? Falta la respuesta absoluta, pero hay hipótesis aceptables. Somoza creyó que «La leyenda de la Cruz de los Angeles fue inventada por el patrañero Obispo D. Pelayo, interpolándola fraudulentamente en el cronicón de Sebastián»⁵⁵. Es inadmisibile, primero porque la Cruz se califica de *angélica* con anterioridad, segundo porque Pelayo se limitó a escribir dos veces *angélica cruz* y nada más, lo que demuestra que conocía la historia, pero no la inventó, si así fuera la habría relatado completa; además, el Silense no conoció las obras de Pelayo⁵⁶.

Constantino Cabal se refirió a posibles orígenes, pero haciendo un resumen de otros autores, y le pareció cosa del camino de peregrinos⁵⁷. El único que trató el tema con cierta extensión y aventura teorías es José Manuel Fernández Pajares⁵⁸. Como una leyenda puede surgir a veces como historia y después ilustrarse con imágenes, o al revés, nace para explicar el significado de una figuración de contenido olvidado, se encontró ante un dilema: la Cruz se llamó de los Angeles por los que tenía a los lados, o éstos se añadieron como consecuencia del nombre. Creemos que lo primero es posible, lo segundo seguro. El arte prerrománico asturiano fue acusadamente anicónico salvo el breve período de siete años y pocos meses del reinado de Ramiro I (842-850), en que las figuras son excepción artística sin claros precedentes ni continuidad. Es inimaginable que en 808 se hicieran esculturas de ángeles de bulto, técnica muy rara en todo el prerrománico europeo y de la que no hay vestigio en el asturiano. Para estas figuraciones hay que esperar al siglo XI avanzado, justamente cuando está asegurada la leyenda.

Además de las razones artísticas y técnicas expuestas, hay otra de mucho peso, la leyenda no existía en tiempos prerrománicos. Es típica de la época románica, de las consejas que corrían entre los peregrinos que las contaban o cantaban para pedir

55. Citado por C. CABAL, *Alfonso II el Casto*, p. 334, nota.

56. Analizamos más exactamente el tema en *Las joyas prerrománicas*.

57. C. CABAL, *Alfonso II el Casto*, capítulo «La Cruz de las maravillas», pp. 333 y ss.

58. J. M. FERNÁNDEZ PAJARES, «La Cruz de los Angeles. Origen y formación de la leyenda», *Archivum*, Revista de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Oviedo, vol. 12, pp. 102 y ss., Oviedo, 1962; VAN GEBBEP, *La formación de las leyendas*, Madrid, 1914; extenso y profundo estudio sobre el tema, de 156 pp. de menuda y apretada letra, por V. GARCÍA DE DIEGO, estudio preliminar de *Antología de leyendas de la Literatura universal*, t. I, Editorial Labor, S.A., Barcelona, 1953; C. CID PRIEGO, «LOS primeros ángeles de la «Cruz de los Angeles» de Oviedo», *Sándalo*, Órgano de expresión del Centro de Transfusión del Principado de Asturias, n.º 3, diciembre, Oviedo, 1988, pp. 20 y ss.

limosna, las inventaban y fomentaban cabildos y monasterios para beneficiarse de la afluencia de romeros, y en Oviedo hubo fuertes intereses en este sentido en competencia con Santiago de Compostela⁵⁹. Entonces se la encajó en un esquema muy general, el de los ángeles que hacen piezas extraordinarias o imágenes. Este origen se atribuye también al Cristo de Calatorao (Zaragoza), a la Virgen de las Franciscas (Zamora), a la Virgen de los Desamparados (Valencia) y a otras muchas⁶⁰.

Si no hay constancia escrita de los ángeles antes de siglo XII, sí existen las gráficas. Los manuscritos mozárabes incluyeron en sus primeros folios una gran miniatura a toda página representando la Cruz, llamada también de Oviedo. La mayoría la pintan sin los ángeles, pero hay dos códices anteriores al siglo XII que los presentan. Uno es el *Emilianensis* del año 976, hoy en El Escorial. La espléndida cruz se alberga bajo un gran arco de herradura, los dos ángeles no la flanquean, sino que se apoyan en el trasdós del arco⁶¹; esta situación dificulta asegurar que sean los de la leyenda, aunque es muy posible. El otro códice es el *Leccionario* o *Líber Comes* del siglo XI, en la Real Academia de la Historia, cuya miniatura es muy semejante. Posteriormente aparecen, ahora flanqueando la Cruz, en el *Beato* de Manchester, de finales del siglo XII, y en el *Beato* de la Pierpont Morgan Library de New York, de 1220. No se olvide que la iconografía de la cruz flanqueada por dos ángeles se encuentra en muchas piezas anteriores al arte asturiano, sobre todo si se enmarca en láurea, como en el disco llamado de Lupiciano del siglo VI (Biblioteca Nacional, París).

Así quedó conformada la leyenda y su iconografía, en las que confluyeron el letreiro constantiniano en apoyo del auxilio divino de una monarquía constantemente asediada por invasiones, usurpaciones y rebeldías, y el prestigio y atracción de Oviedo en los caminos de peregrinación.

Nunca sabremos cuándo se colocaron las esculturas de los ángeles a los lados. La primera constancia escrita es la de Morales en su *Viage* de 1572 y por lo tanto eran anteriores. Como artísticamente no encajan en el románico asturiano, serían góticos o renacentistas, y desde luego no los actuales que son más modernos y de poco valor artístico.

La evolución de la leyenda revela sus adaptaciones a intereses culturales cambiantes con los siglos. Justificación divina de la archidiócesis de Oviedo; dudas y hasta negaciones en el Renacimiento; añadiduras de esculturas de ángeles en el milagro, disparate del obispo volador. Ocho siglos de presencia musulmana en la Península explican la atribución «a los moros» de toda obra extraordinaria, los autores lo escribieron tarde, de hacerlo en la Edad Media quién sabe si tendríamos moros disfrazados de ángeles. Hoy creemos en peregrinos lombardos cuando aún no había peregrinos por aquí.

La historia de Oria es también típico producto de los caminos de peregrinaje. Su estructura es la general del trato con el Diablo que luego se quiere deshacer, y en el

59. *Líber Sancti Jacobi Codex Calixtinus*, trac, castellana de A. MORALEJO, C. TORRES, J. FEO, Instituto Padre Sarmiento de Estudios Gallegos, C. S. I. C., Santiago de Compostela, 1951; É. MALE, *L'Art religieux du XII^e siècle en France*, en especial capítulos VII y VIII, Armand Colin, París, 1947; L. VÁZQUEZ DE PARGA, J. M. LACARRA, J. URÍA RÍU, *Las peregrinaciones a Santiago de Compostela*, Madrid, 1949, C. S. I. C., y Diputación Provincial de Oviedo, 1981; Y. BOTTINEAU, *Les chemins de Saint-Jacques*, Arthaud, París, 1964; R. OURSEL, *Caminantes y caminos, las rutas hacia Santiago de Compostela*, vol. 8 de «Europa románica», edic. castellana Ediciones Encuentro, Madrid, 1985; R. OURSEL, *Peregrinos, Hospitalarios y Templarios*, vol. 10 de la «Europa románica», edic. castellana Ediciones Encuentro, Madrid, 1986.

60. C. CABAL, *Alfonso el Casto*, p. 49.

61. Análisis de esta miniatura, y estudio especial de los letreros y sus variantes, C. CID PRIEGO, «Relaciones artísticas entre Santo Domingo de Silos y Oviedo. Las cruces del Beato», *El románico en Silos. IX centenario de la consagración de la iglesia y el claustro, 1088-1988*, pp. 511 y ss., Abadía de Silos, 1990.

que pierde siempre a pesar del gran ingenio que muestra en la imprescindible discusión, y de que «jurídicamente» la razón es suya, vence siempre la intervención divina. Dentro de ese contexto destacan dos aspectos que chocan por modernos. Una es el ofrecimiento de Satanás de «decir cosas de las personas principales», que suenan a poco honradas por la rapidez con que se silencian. La otra es la razón última del Diablo para no abandonar a Oria: «porque la quiero», «porque la amo muchos». Sorprende que en la Edad Media se atribuyera a Satanás sentimiento tan tierno y positivo como el amor, y esas palabras despertan pena y simpatía por el pobre Diablo enamorado.

La novela del robo en la catedral es un intento de continuar un tema milenario actualizándolo en una especie de género negro con profusión de ciudades cosmopolitas, lujo, sexo y whisky.

Apunte iconográfico

Frente a la riqueza narrativa y la constante repetición de las figuras de las Cruces, contrasta la pobreza y monotonía de su iconografía. Prácticamente se reduce a escudos y banderas, que por ser la Cruz de los Ángeles enseña del Cabildo y de la ciudad de Oviedo figura desde su bandera y escudo, pasando por toda clase de sociedades y marcas, hasta los camiones de los servicios municipales. Lo mismo sucede con la Cruz de la Victoria, referida al Principado, y si se tiene en cuenta que de los 78 concejos de la región 43 tiene una de las dos en sus escudos, puede imaginarse la inmensidad de su difusión. La belleza artística hay que buscarla más en la calidad técnica que en la originalidad. Hay hermosas lápidas prerrománicas y posteriores, un documento de Felipe II y una bula pontificia, ambas del siglo XVI. Pero las únicas variantes es que los ángeles sostengan la Cruz o la adoren de rodillas, que reposen en el suelo o que floten, que sus ropajes sean más o menos clásicos o medievales. Y la Cruz de la Victoria carece de esa pequeña amenidad.

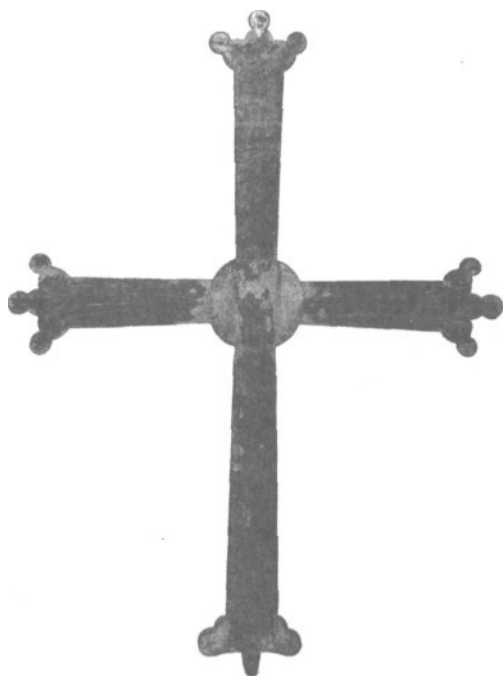
Es extraño que los artistas no se interesaran por unas leyendas que les ofrecían rica temática, sobre todo en las etapas artísticas de aficiones neohistóricas. Es excepción el grabado que incuyó Juan de la Portilla en su libro de 1661, que representa a Pelayo y Caso adorando una cruz que nada se parece a la que pudo lucir en Covadonga, porque es la de Calatrava⁶². En los retratos imaginarios de Pelayo en grabados y cuadros de Historia del siglo XIX, aparece con una cruz en la mano completamente enjoyada, con largo astil que nunca tuvo, y sin la menor semejanza con la de madera ni con la de la Victoria. Así se ve en un par de cuadros de Federico de Madrazo.

Luis Menéndez Pidal, pintor asturiano del siglo pasado, trazó el cuadro *Ofrecimiento de la Cruz de los Angeles a la basílica de San Salvador*, que, calidad aparte, tiene tantas impropiedades como que la escena ocurra en la Cámara Santa, no en el Salvador, que ésta se cubra con bóveda y tenga al Apostolado, dos añadidos de finales del siglo XII, casi cuatro después de Alfonso II. Sirvió de ilustración en un álbum artístico de *El Carbayón* de enero de 1897⁶³.

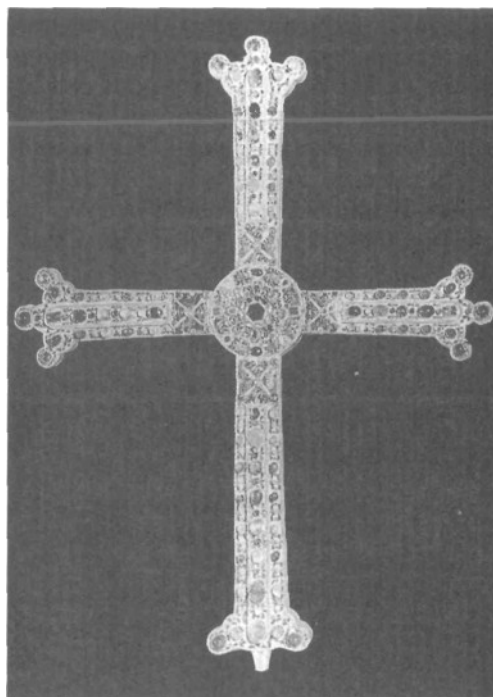
Pese a todo, la Cruz de los Angeles ofrece un número y variedad de detalles muy superior al de otras piezas comparables, como objeto, no como ilustraciones de sus leyendas.

62. El grabado en J. DE LA PORTILLA, *España restaurada*, folio 1 vuelto.

63. El cuadro de Luis Menéndez Pidal es de finales de 1896 o comienzos de 1897, el grabado ilustró el artículo de F. Navarro y Ledesma, «Los XIII Alfonsos», en *El Carbayón*, Oviedo, 28 enero 1897. Conocemos todos estos datos gracias a D. Javier Barón Thaidigsmann, Profesor de Historia del Arte de la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad de Oviedo. Está incluido en su tesis doctoral, *La pintura asturiana durante la Restauración*, t. V, parte II, n.º 326, p. 298. Le agradecemos este conocimiento.



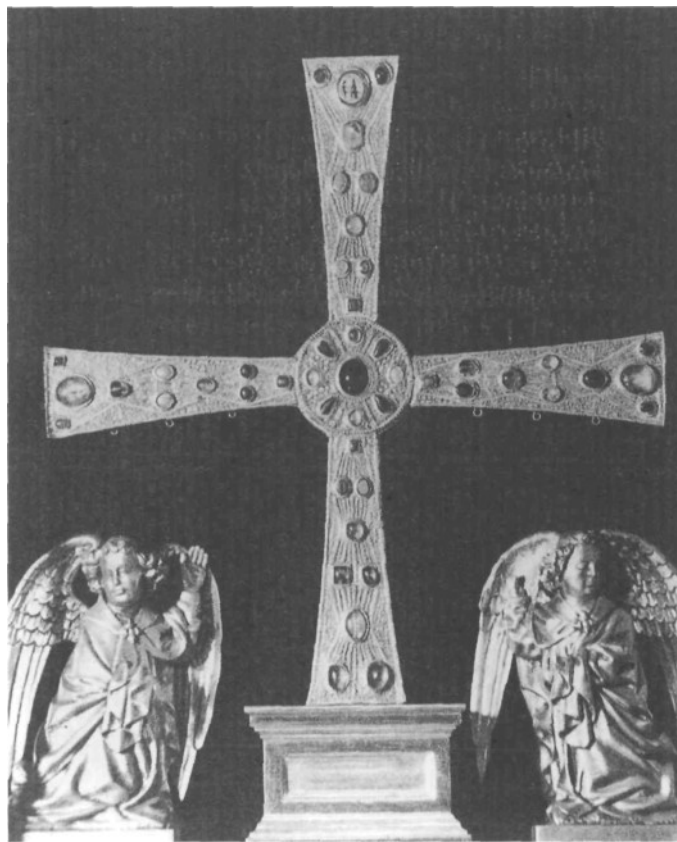
Alma de madera de roble de la Cruz de la Victoria separada del oro y la pedrería durante la restauración después del robo de 1977. De ser cierta la tradición, sería la que enarboló Pelayo en Covadonga.



Cruz de Pelayo o de la Victoria, año 908. Tesoro de la Cámara Santa de la catedral de Oviedo.



La Cruz de la Victoria reproducida en una lápida prerrománica de tiempos de Alfonso III, aunque sin fecha. Museo Arqueológico Provincial de Oviedo.



La Cruz de los Angeles, año 808. Los ángeles son modernos, de los siglos XVII o XVIII. Tesoro de la Cámara Santa de la catedral de Oviedo.



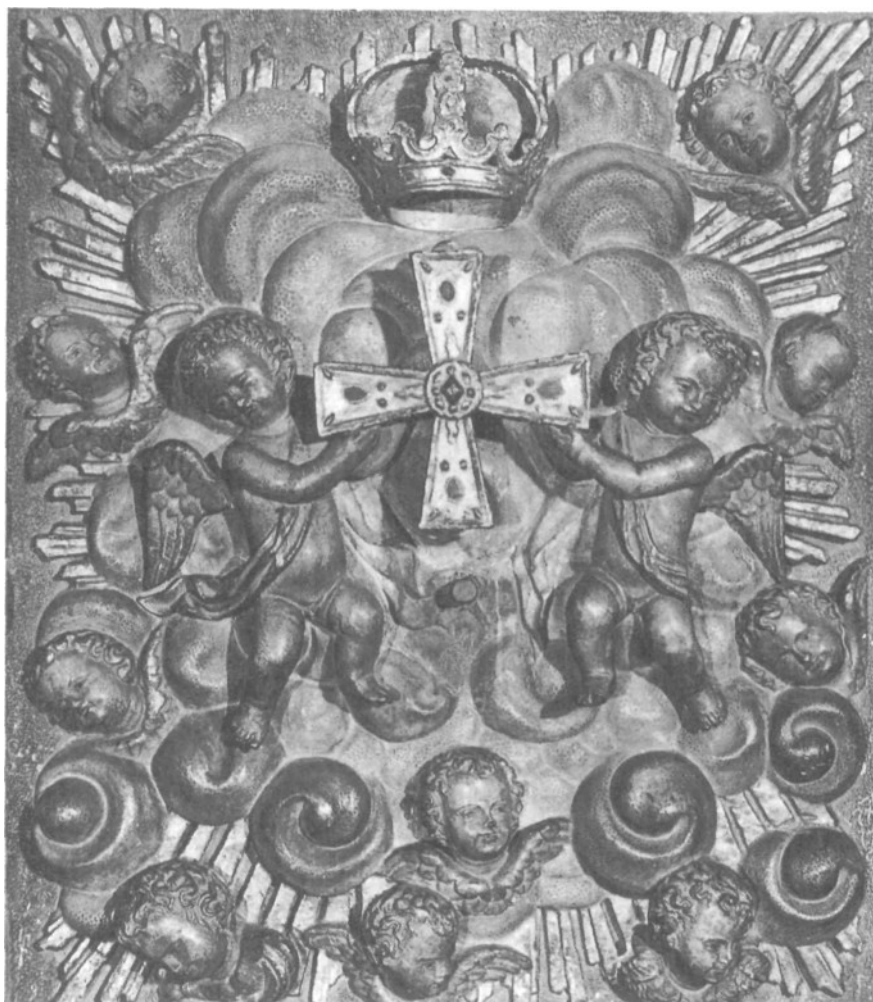
La Cruz de Oviedo en una miniatura mozárabe del Codex Vigilanus del 976, el más antiguo testimonio de su asociación con dos ángeles. Biblioteca del Real Monasterio de El Escorial.



La Cruz de Oviedo con dos ángeles el Cordero Místico y los instrumentos de la Pasión. Miniatura del Beato de la John Raylands Library, Manchester. Es de estilo románico, fines del siglo XII o comienzos del XIII.



Versión renacentista de la Cruz de los Angeles en el antiguo Colegio de Doncellas Recoletas, hoy Rectorado de la Universidad de Oviedo (siglo XVI).



La Cruz de los Angeles, panel del retablo de Santa Teresa, por Toribii de Nava y Riestra, hacia 1740. Brazo Sur del crucero de la catedral de Oviedo.



«Don Pelayo en Covadonga», grabado del siglo XIX según un cuadro de I. de Madrazo



Cruz de los Angeles de estilo Barroco ornamental, talla en madera de la puerta principal de la catedral de Oviedo, por José Bernardo de la Mena (1746).